

# La edad de la crítica<sup>1</sup>

Randall Jarrell

Hay un asunto al que no puedo hacer justicia, pero que me gustaría tratar aunque sea injustamente; un asunto del que nuestros lectores y novelistas y poetas hablan a menudo, pero sobre el que apenas escriben nada: nuestra Edad de la Crítica. Tal vez sólo debería hablar de este asunto en privado o, como mucho, escribir una sátira en verso; uno puede decir cualquier cosa en verso y a nadie le importa. Desearía que ustedes leyeran lo que voy a escribir como si fuera un poema o una charla, una conversación –con nadie– sobre nuestra Edad de la Crítica. No es más que una queja, tal vez más falsa que verdadera, y en cualquier caso parcial y llena de exageraciones e impresiones generales; pero es una queja compartida por otras muchas personas, y pienso que mi escrito podrá aliviarnos a todos. Y trataré de respetar los sentimientos ajenos no usando ningún nombre propio.

El lector común no sabe que vive en una Edad de la Crítica, y a su juicio no lo es. Este lector lee (cada vez menos) novelas históricas, memorias de generales y cualquier cosa que tenga éxito; a veces también buenos libros, pues hay buenos libros que tienen éxito. No distingue a Samuel Johnson del director de las páginas culturales del *Chicago Tribune*, y la crítica ni le estorba ni le ayuda: su crítico es la lista de los libros más vendidos. Este lector vive en un mundo agradable, anárquico e inconsciente, casi tan

<sup>1</sup> Randall Jarrell, autor de este ensayo, nació en 1914 en Nashville, Tennessee. Licenciado en Literatura Inglesa por la Universidad de Vanderbilt, sirvió de 1942 a 1946 en el cuerpo de aviación del ejército de Estados Unidos, y posteriormente se dedicó a la enseñanza en diversas universidades norteamericanas. Fue un miembro destacado del grupo de poesía *The Fugitives*, de ascendencia sureña y talante conservador. Entre sus volúmenes de poesía destacan *Blood for a Stranger* (1942), *Little Friend* (1945), *Losses* (1948), *The Seven-League Crutches* (1951) y *The Lost World* (1965). Su *Poesía Selecta* apareció en 1964. Tradujo además los cuentos de Chejov y Grimm y la primera parte de *Fausto* de Goethe, y ocupó el puesto de editor de algunas prestigiosas revistas literarias como *The Nation*, *The Partisan Review* y *Yale Review*. Entre sus volúmenes de ensayos destacan *Poetry and the Age* (1953), *The Third Book of Criticism* (1969) y *Kipling, Auden, & Co.: Essays and Reviews 1935-1964* (1979). En 1965 falleció en accidente automovilístico.

«La Edad de la Crítica» apareció incluido en *The Poetry and the Age*, cuya primera edición inglesa en la editorial *Faber & Faber* data de 1955. Para la presente traducción se ha utilizado la edición facsímil publicada recientemente por *Faber & Faber* en su colección *The Faber Library*. (N. del T.)

democrático como esas profundidades cálidas y agradables donde nadie lee nada excepto periódicos, revistas del corazón, tebeos y el *Reader's Digest* en la sala de espera del dentista. Este lector común sabe lo que quiere, pero se siente incómodo cuando otra gente no lo lee o no lo aprecia. Pues lo que otra gente lee y aprecia es bueno: esto es lo que *bueno* significa.

En los valles superiores (como diría un fabulista) viven muchas razas de animales: los más numerosos son los miembros de algún Club del Libro y los habitantes del País de las Reseñas de Libros, que leen las revistas semanales o mensuales para saber qué deberían leer o apreciar; y dado que, por suerte, lo que deberían leer o apreciar es casi siempre lo que leerían y apreciarían de todos modos sin ayuda de las reseñas, todos ellos viven en un ambiente de unidad y amistad. Es el país del Rey Leño, como diría el fabulista: miles de leños ruedan por la ladera del valle mientras sus súbditos croan a su alrededor; si uno cierra los ojos es difícil saber quién lee, quién escribe, y quién reseña... No muy lejos se encuentran los lectores de las revistas académicas, de las experimentales y de las poéticas. Pero aun más arriba, en las grietas de la roca pelada, encogidos bajo las garras de las industriosas cigüeñas, viven nuestros más concienzudos y preocupados lectores; y a su juicio —el juicio de los profesores, de los intelectuales y los «lectores serios»: la levadura de nuestra masa medio hecha— vivimos sin duda una Edad de la Crítica. A ellos y a las cigüeñas reinantes dedicaré el resto de este artículo.

Cuatro veces al año (seis si leen el *Partisan Review*) estos lectores leen o intentan leer o desean haber leído unas revistas de gran tamaño llamadas *literary quaterlies*. Cada una de estas revistas contiene varios poemas y un fragmento de ficción, a veces dos; el resto es crítica.

*El resto es crítica.* Estas palabras tienen un sonido sordo y desasosegante; pesan en el espíritu. No ha habido ninguna otra época que haya producido tanta buena escritura crítica... o tanta mala; y ambas se han vuelto asombrosa y horriblemente influyentes entre los llamados «lectores serios». Digo esto en calidad de lector de la crítica producida en estos últimos años, y me dirijo a otros lectores de la misma: asumo, pues, que reconocemos sus méritos y servicios, que son grandes; yo mismo leo y tengo la costumbre de leer las revistas mencionadas, que son a mi juicio las mejores revistas de que disponemos: las revistas que disfrutan atacándolas son casi ridículamente inferiores. Pero aun así pienso que imprimen demasiada crítica, y por lo general de la especie que atrae más a críticos y lectores de crítica que a poetas y novelistas o a lectores de poesía y de novela. Se supone que la crítica sirve a los poemas y cuentos y obras dramáticas que critica, ¿verdad? Son muchos los que no admiten esta limitación; muchos los

que dan una falsa idea de la naturaleza y uso de la crítica, una falsa idea de la variedad e importancia de los críticos.

En cierto modo, no nos podemos quejar: algunos de nuestros mejores críticos vivos imprimen la mayor parte de su trabajo en estas revistas. Y hay otra clase de crítica que es útil e inteligente: la escrita por un lector para otros lectores, por un ser humano para otros seres humanos. Pero el resto parece haber sido escrito por un sindicato de enciclopedias para una audiencia de ordenadores. No es tan sólo mala o mediocre, es *aburrida*; con frecuencia es una crítica que carece por completo de gracia, alegría y sentido del humor, asombrosamente prolija, mezquina, ciega, metódica, orgullosa, llena de lugares comunes y obsesionada por el prestigio, propio y ajeno. ¿Quién *piensa*, de hecho, que puede haber lectores y escritores que disfrutan con la mayoría de los insufribles artículos dedicados a los clásicos o los escritores de moda –siempre los mismos quince o veinte, si el crítico es alguien capaz– que nos visitan con la regularidad de las estaciones? He perdido la cuenta de las veces que he escuchado a gente cultivada e inteligente formular esta queja: «Ya no soy capaz de *leer* las revistas literarias»; y una vez escuché a Elizabeth Bishop decir: «Después de leer una de estas revistas literarias soy incapaz de leer un poema durante una semana, y mucho menos de escribirlo.» Mucha otra gente se ha sentido igual; y durante semanas o meses o años no han leído ni escrito poemas, sino que se han dedicado a criticar. Pues –hay que aceptarlo– una edad de la crítica no es una edad de la escritura o de la lectura: es una Edad de la Crítica. La gente sigue leyendo y sigue escribiendo... y el resultado es bueno; pero a juicio de la gran mayoría la crítica se ha convertido en el acto representativo o arquetípico del intelectual.

Es posible que el crítico siga siendo una figura bastante insignificante en comparación con los compositores o pintores de los que habla; pero cuando escribe de algún escritor, ¡vaya diferencia! Un novelista amigo mío fue una vez a un congreso literario; todos los otros profesores eran críticos, y cada profesor debía dar una conferencia. Mi amigo fue a las conferencias de los críticos, pero los críticos no fueron a la suya; no se sorprendió; según él, «era evidente que sabían que yo no era tan literario como ellos». Hace poco fui a un encuentro de críticos para comentar lo que Wordsworth había dicho sobre poesía. Fue interesante ver hasta qué punto (consciente o inconscientemente) podían ser condescendientes con el pobre Wordsworth, y es que ellos podían ver lo que el poeta, a pesar de su confusión y su ignorancia, había querido decir. Y como había sido un gran poeta, esto no lo iban a negar, lo que había dicho tenía un gran valor documental, como los comentarios de Nelson en Trafalgar. Pero los críticos no podían evitar ser